

Arquitecturas populares: la respuesta a un nuevo modelo

ARTÍCULO

Realidades-Lucha de clases- Ideales-Participación- Industrialización -Déficit habitacional

Ailén Aljadeff

Actualmente cursando el 4to año de la carrera de Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Durante el año 2013 cursó Historia de la Arquitectura II y en 2014, Historia III, en la cátedra de la Dra. Rosa Aboy. En el año 2012 presentó un proyecto en la exposición "Ideas, dibujos y obras" M.A.R en el Centro Cultural Borges. En la actualidad forma parte del programa de pasantías para la formación docente en la cátedra del arq. Roberto Lombardi, desempeñándose como ayudante de grupo en las materias de Morfología I y II.

Victoria Cuadrado

Se encuentra cursando actualmente la carrera de Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires y la Licenciatura en Escenografía en el Instituto Universitario Nacional del Arte. Durante el año 2013 cursó Historia de la Arquitectura II y en 2014, Historia III, en la cátedra de la Dra. Rosa Aboy. En el 2011 presentó un proyecto en la exposición "Ideas, dibujos y obras" M.A.R en el Centro Cultural Borges.

Cecil Echeverría

Actualmente cursando el 4to año de la carrera de Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Durante el año 2013 cursó Historia de la Arquitectura II y en 2014, Historia III, en la cátedra de la Dra. Rosa Aboy. Ha participado en el Seminario-Taller de vivienda y urbanismo social: "por una arquitectura y Urbanismo Social al servicio de las necesidades populares", a cargo de la Arq. Beatriz Pedro y el Arq. Fermín Estrella, en Marzo 2014.

Guillermina Sequeira

Actualmente cursando el 3er año de la carrera de Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Durante el año 2013 ha cursado Historia de la Arquitectura II en la cátedra de la Dra. Rosa Aboy.

Recibido: 10/11/2014

Aceptado: 12/03/2015

Miradas acerca de la situación habitacional de fines del siglo XIX en Manchester y Buenos Aires

Los libros de historia abundan sobre nombres de reyes y generales [...] pero sin soldados ni campesinos no habría batallas que librar ni campos que defender, y no habría tampoco ciudades que construir [...]" (Diez, 1996 p.15).

La arquitectura refleja, acompaña e introduce nuevos modos de habitar a partir de la interrelación de actores sociales dentro de un contexto determinado. "[...] la arquitectura tiene una estrecha relación con la vida humana, con la creación de espacio para las relaciones entre las personas, [...] son unas relaciones que por obvias, e incluso por redundantes, no son fácil de tratar y de actualizar de manera sistemática y crítica" (Montaner y Muxi, 2001).

El hombre a lo largo de la historia ha tratado de organizarse en diferentes tipos de sociedades regidas bajo tensiones polares entre hombres libres y esclavos, señores feudales y siervos, capital y proletariado. En un marco de lucha social, proyectos alternativos emergen, como parte del paradigma económico-social del siglo XIX y las consecuentes formas de organización de la producción. Estas transformaciones están marcadas por la ruptura de la pasividad de algunos grupos sociales y por su ingreso activo en el escenario no solo político sino también urbano y arquitectónico, constituyéndose como una voz activa.

En este artículo haremos foco en el modo de habitar popular que involucra al pueblo y los que lo gobiernan, constituyéndose como los principales actores. Esencialmente implica una lucha social (Gramsci, 1925), por momentos simbólica y por momentos visible, nos hace reflexionar en cómo las relaciones entre los actores condicionan a la vivienda social. Resulta entonces, necesario abordar estas cuestiones sin dejar de lado imaginarios, expectativas, aspiraciones y ansias de progreso y armonía como aquel escenario espontáneo, franco, cotidiano, concreto y tangible que ilustra el contexto donde parece convivir tanto el plano de las ideas, como el de la realidad actual. Cuando estas ideas más teóricas chocan con lo impredecible e inherente al hombre, se quiebran ciertas estructuras dando lugar a nuevos escenarios tal como dijo Argan (1984) "[...] la ciudad ideal es una ficción antes política que arquitectónica; ninguna ciudad nació nunca de la invención de un genio, ya que es el producto de toda una historia que se cristaliza y se manifiesta"

De alguna manera, este artículo pretende expresar una mirada acerca del proceso de consolidación de una arquitectura “más mundana” y menos ostentosa, regida por otros poderes, que también merece su lugar en el relato, tal como plantea Di Peco (2012). Entendiendo que la arquitectura juega un papel activo en la conformación, la organización y el funcionamiento de las sociedades, partimos de una serie de preguntas, ¿Cómo se manifiestan los cambios de un sistema a nivel político y económico en la arquitectura de finales del siglo XIX y principios de siglo XX? ¿Qué complejidad tienen las relaciones sociales para condicionar un sistema de habitar? ¿Cómo influyen los intereses e iniciativas de las distintas clases en la formación de arquitectura y ciudad? Junto con estas preguntas tomamos el concepto propuesto por Jacoba Mulder quien plantea una arquitectura de abajo hacia arriba y una arquitectura de arriba hacia abajo, caracterizada la primera por una cierta regulación establecida, donde predominan los intereses de las clases sociales que tienen los recursos y; la segunda, una arquitectura autogestionada en donde los intereses que predominan son los de las clases populares. Hay momentos donde las relaciones de poder dejan de ser unilaterales y estáticas donde hay idas y vueltas dando lugar a un diálogo entre las partes. Estos dos tipos de arquitecturas se van a poner en juego tomando como casos de estudio la ciudad industrial en Manchester, Inglaterra; y los conventillos en zona Sur de Buenos Aires, Argentina, ya que ambos casos son contemporáneos, cuentan con cierta similitud en el tipo de relaciones entre actores y nos introducen a diferentes modos de concebir la arquitectura popular proponiendo nuevos modos de habitar.

Planes e ideales: de arriba hacia abajo

Dentro del marco de la revolución industrial, y como parte de los cambios que se sucedieron a nivel mundial, y particularmente en Europa, encontramos a la Gran Bretaña del siglo XIX en pleno momento de auge y crecimiento. Existía por un lado, una necesidad de abastecer el mercado interno que estimulaba el desarrollo productivo de maquinarias, transporte y demás; y por otro, la necesidad de mano de obra que demandaba este crecimiento industrial. Así fue como comenzaron a crecer las grandes ciudades donde se radicaron los trabajadores provenientes en su mayoría de áreas rurales. A principios del siglo XVIII, tanto la producción agrícola como la industria y el comercio presentaban un crecimiento bastante parejo, sin embargo para principios del siglo XIX la tasa de crecimiento anual acumulativo de la producción industrial había duplicado el valor del agrícola. Esta revolución supuso una transformación: pasando de una sociedad agrícola a una urba-

na, con sus consecuentes cambios sociales y laborales. Para principios del siglo XIX la distribución de la mano de obra británica para la producción agropecuaria era de un 35,4%, y para principios del siglo XX pasó a ser de 8,7%. A diferencia de la producción industrial, minera y de la construcción, el porcentaje pasó de la cifra de 29,1% a 46,3%. Así también, en los rubros de comercio y transporte, los valores se vieron incrementados de un 10,4% al 21,4% en tan solo un siglo. A nivel comunicación y desplazamientos, el ferrocarril presentó también un gran desarrollo a la par, el cual contribuyó al enorme movimiento poblacional, pasando de tener 2390 km construidos en 1840 a 32600 km en 1910. Los cambios tanto a nivel productivo, como demográfico y urbano fueron muy radicales. Ahora bien, ¿de qué manera logra consolidarse una ciudad de tal índole y adaptarse a una nueva estructura de funcionamiento?

Resulta particularmente interesante el caso de Manchester, donde comenzó a forjarse una ciudad propiamente industrial. La misma vio duplicarse su población entre 1760 y 1800, alcanzando la cantidad de 70,000 habitantes. Para esa época se construyó el primer canal que unía la ciudad con Liverpool y su puerto principal. Obras de infraestructura como canales y acueductos fueron utilizados como vías de transporte de carbón y materiales pesados. Para el año 1850 se incorpora el ferrocarril, y la ciudad llegó a contar con aproximadamente 400,000 habitantes.

Frente a este proceso resultó necesario contar con una infraestructura que fuera capaz de contener la llegada de tanta gente. El centro urbano comenzó a quedar chico para el gran crecimiento de población, con semejante aluvión migratorio, las clases más acomodadas se trasladaron a la periferia. La burguesía de clase media se radicó en el segundo anillo de la ciudad organizado en las afueras, mientras que la alta burguesía en una zona suburbana periférica compuesta por fincas rurales y grandes propiedades. Había una intensa centralización de la población, del trabajo y de la producción, contribuyendo a una zonificación concéntrica de la calidad residencial.

La aparición de la máquina de vapor permitió la agrupación de factorías que se establecieron en el centro, dando paso a las ciudades con un espíritu productivo. Con toda una base teórica repleta de especulaciones, se forjó un imaginario de “ciudad funcional” donde todo estuviera meticulosamente controlado. Esta idea de modelo parecía garantizar cierta estabilidad “[...] contraponiendo a la ciudad existente nuevos tipos de instalaciones dictadas por la pura teoría [sin embargo] entre la realidad y el ideal la diferencia se presenta insalvable”, (Benévolo, 1977) y es visible la tensión que se genera cuando se produce el traslado a lo tangible, concreto y factual.



En una primera instancia la infraestructura existente no supo dar respuesta a la masiva llegada de trabajadores que se establecieron en los alrededores de las fábricas de manera informal y sin ningún tipo de regulación. Muchos de los edificios de la ciudad histórica abandonados por razón de las mutaciones sociales y económicas anteriormente nombradas se dividieron en múltiples y casuales viviendas. Los espacios verdes, que formaban parte de estas construcciones, fueron llenados reduciendo el mínimo los espacios vacíos, donde los patios eran únicamente aquello que quedaba en el medio sin construir. En una segunda instancia, ciertos grupos de especuladores junto con los grandes empresarios, se encargaron de construir conjuntos habitacionales. Tanto los materiales de las cubiertas como de los muros contaban con una tecnología ampliamente mayor que la de su antigua casa de campo, pero a costa de la pérdida del espacio y el terreno amplio con el que contaban.

Cuando la construcción de viviendas a menor escala dejó de ser suficiente, los dueños de las fábricas vieron en una nueva arquitectura la respuesta a sus objetivos originales: más mano de obra a menor costo de mantenimiento, contribuyendo a la formación de barrios meramente obreros.

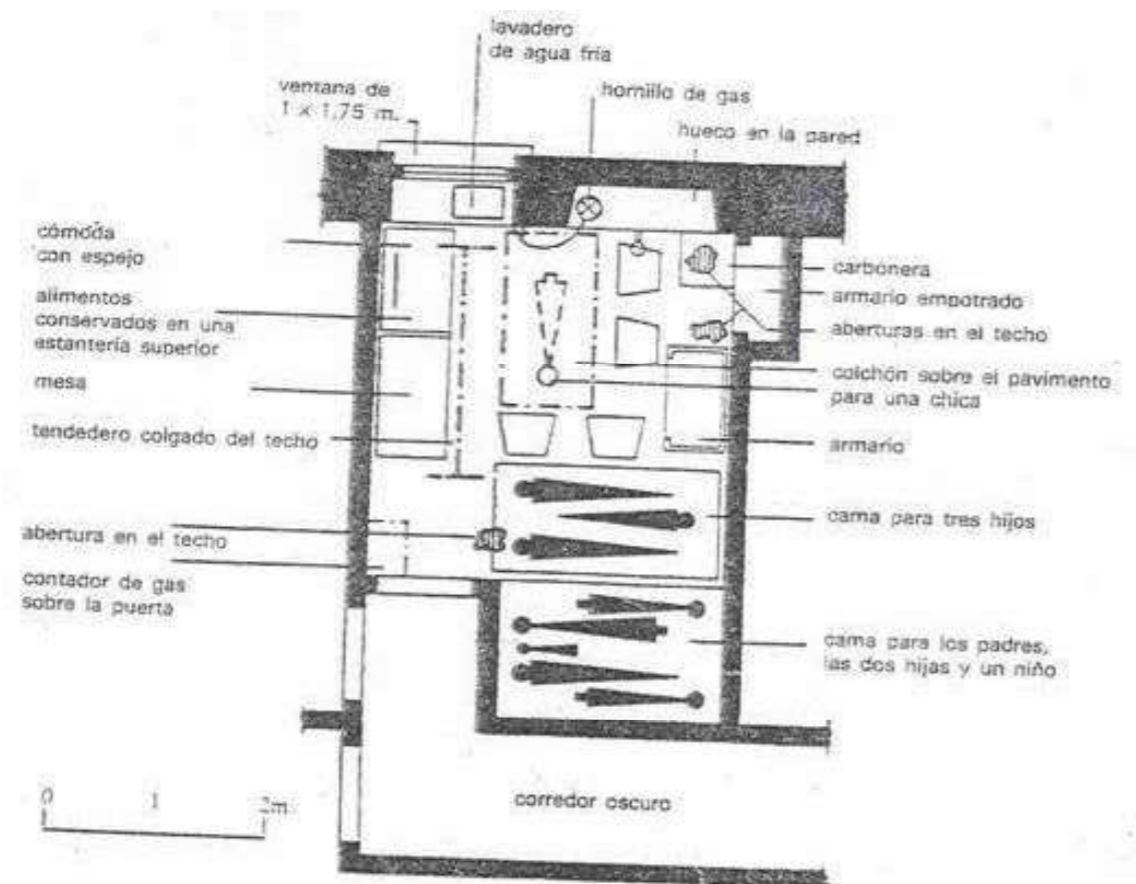
Comenzaron entonces a construir los llamados cottages, donde, mediante un contratista, se hacía cuadras enteras. En una misma construcción había tres hileras con distinta posibilidad de ventilación y conexión con la calle, de las cuales dependía el precio de su alquiler. En esta nueva arquitectura, las viviendas de primera categoría eran aquellas que tenían un pequeño patio y su fachada daba a la calle. Las viviendas que se encontraban en el medio de la manzana, contaban con poca ventilación y daban al pasaje interior cuyas condiciones de higiene eran deficientes. La tercera hilera de cottages era similar a la primera. Las intenciones de los patrones se fundieron en un tejido compacto calculado al mínimo para que pudiera vivir una familia pero en condiciones de hacinamiento.



Resulta interesante cómo la literatura de Charles Dickens funciona a modo de testimonio de época permitiendo ilustrar cómo era la vida en un barrio obrero:

“Caminaron algún tiempo por el barrio más populoso de la ciudad para llegar a internarse en una callejuela más sucia y miserable que las circundantes [...]. Las hileras de casas a ambos lados de la calle eran altas y grandes pero muy viejas y estaban subdivididos en numerosas viviendas, donde se hacía la gente más pobre [...]. Por el arroyo, sucio y hediondo, paseaban las ratas [...].” (Dickens, 2013).

La realidad era un ambiente restringido donde la aproximación de muchas casas obstaculizaba la eliminación de desperdicio y el desarrollo de actividades al aire libre, aparecían cloacas descubiertas, se acumulaba basura y por los mismos espacios llenos de humo de las fábricas circulaban vehículos, animales, personas. La manera de habitar restringía y limitaba, moldeaba su realidad. Este parecía ser el modelo de vida de una clase cuyos derechos parecían haberse desdibujado, donde la rutina se repetía una y otra vez, para todos por igual, tal como muestra Dickens en tiempos difíciles: “[...] estaban habitadas por gentes que también se parecían entre sí, que entraban y salían de sus casas a idénticas horas, levantando en el suelo idénticos ruidos de pasos, que se encaminaban hacia idéntica ocupación y para las que cada día era idéntico al de ayer y al de mañana y cada año era una repetición del anterior y del siguiente.”



La lógica de funcionamiento capitalista era casi cíclica: el obrero que trabajaba en la fábrica ganaba su salario, con el cual, no sólo pagaba su alquiler sino que adquiría mercancías contribuyendo así con la demanda de producción y con la necesidad de la mano de obra. Todo favorecía a una cadena, formada por distintos engranajes, que se retroalimentaba constantemente. Entendido como un sistema de partes interrelacionadas, Benévolo plantea que las clases pobres sufren más directamente los inconvenientes de la ciudad industrial pero las más acomodadas no son completamente ajenas a ellos. Esto nos lleva a entender al funcionamiento de la ciudad industrial como un conjunto de intereses, infraestructuras, mano de obra, y concentraciones de poder que conforman una gran red de relaciones donde todos sus componentes se ven influenciados unos con otros. Como toda cadena, al momento que falla una de las partes, todo o gran parte del sistema se ve afectado. A su vez, los obreros eran vistos como una pieza más de la máquina, como un engranaje que podía ser reemplazado por otro en un intento de minimizar el problema. Fernando Chueca Goitía (1980) se pone en lugar de patrón y apunta a la necesidad de un “stock humano desvalido y miserable” más provechoso. Al fin y al cabo la forma de la ciudad, de qué está hecha y cómo toma cuerpo, termina siendo reflejo de las relaciones intrínsecas entre los actores, de cómo se articulan las formas de ocupación del terreno, la apropiación de los espacios y los modos de uso.

Espontaneidad y especulación: de abajo hacia arriba

Paralelamente en América Latina, y particularmente en Argentina, todos estos procesos industriales influyeron al modelo político y económico. A partir de 1880 regía el modelo agroexportador de desarrollo económico basado en las exportaciones de la producción agropecuaria argentina. La economía comenzó a organizarse como complemento de la economía industrial europea, particularmente inglesa. Éstos últimos respondían a la necesidad de infraestructura con la importación de ferrocarriles y frigoríficos esenciales para el buen funcionamiento del modelo.

Otro de los objetivos del Estado fue poblar y aprovechar las grandes extensiones de tierra que poseía el país, respaldado por el presidente Nicolás Avellaneda que proclamaba que “todo está salvado cuando hay un pueblo que trabaja”. Mediante la Ley de Inmigración y Colonización de 1876, se buscó atraer a europeos agricultores, para desplegar intensamente las tareas en el campo. A su vez, los inmigrantes vinieron en busca de “la gran América”, tentados tanto por la difusión oficial en sus países de origen, como por escapar de sus condiciones de vida en ese entonces: desempleo, superpoblación, condiciones de insalubridad y demás. Es así como en la década de 1880,

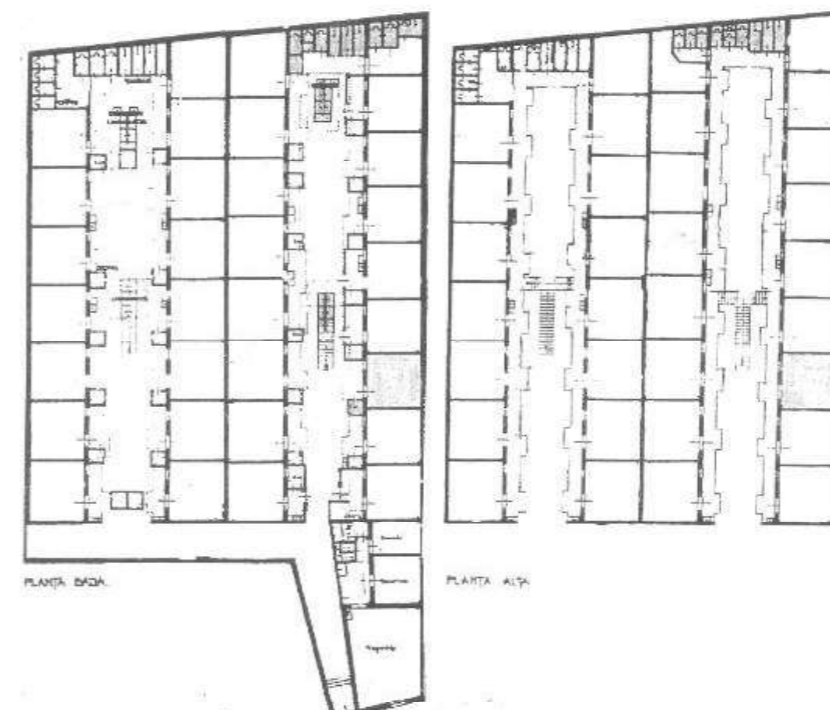
ingresaron a Argentina 649.000 inmigrantes, los cuales se duplicaron en la década siguiente. Se concentraron principalmente en las ciudades. Buenos Aires -según el censo de 1887- contaba con un 53% de extranjeros. Para fines de 1890 el 90% de los extranjeros vivía en las ciudades, y la población urbana superó a la rural por primera vez. Por lo que los resultados no fueron los esperados por el gobierno.

Después de 1890, este crecimiento de la población agrava el problema de la vivienda para los sectores populares. Buenos Aires no contaba con la capacidad para dar respuesta al enorme contingente que llegaba al país, y así fue como la improvisación, las carencias en los alojamientos y los escasos recursos caracterizaron esta etapa inmigratoria. Como resultado de este choque de expectativas frustradas, la búsqueda, tanto del Estado Nacional como de los inmigrantes, con distintos fines cada uno, no resultó como lo esperaban poniendo de manifiesto lo propio del hombre real en la vida social. Tal como expresa un inmigrante en su testimonio en el diario El Obrero n° 36 de 1891 “(...) todo había sido mentira y engaño. En Buenos Aires no he hallado ocupación y en el hotel de inmigrantes, una inmunda cueva sucia, los empleados nos trataron como si hubiéramos sido esclavos” (Panettieri, 1982).



Frente a la ausencia de políticas habitacionales en la ciudad, surgieron nuevas alternativas que dieron respuesta inmediata a las necesidades de los obreros.

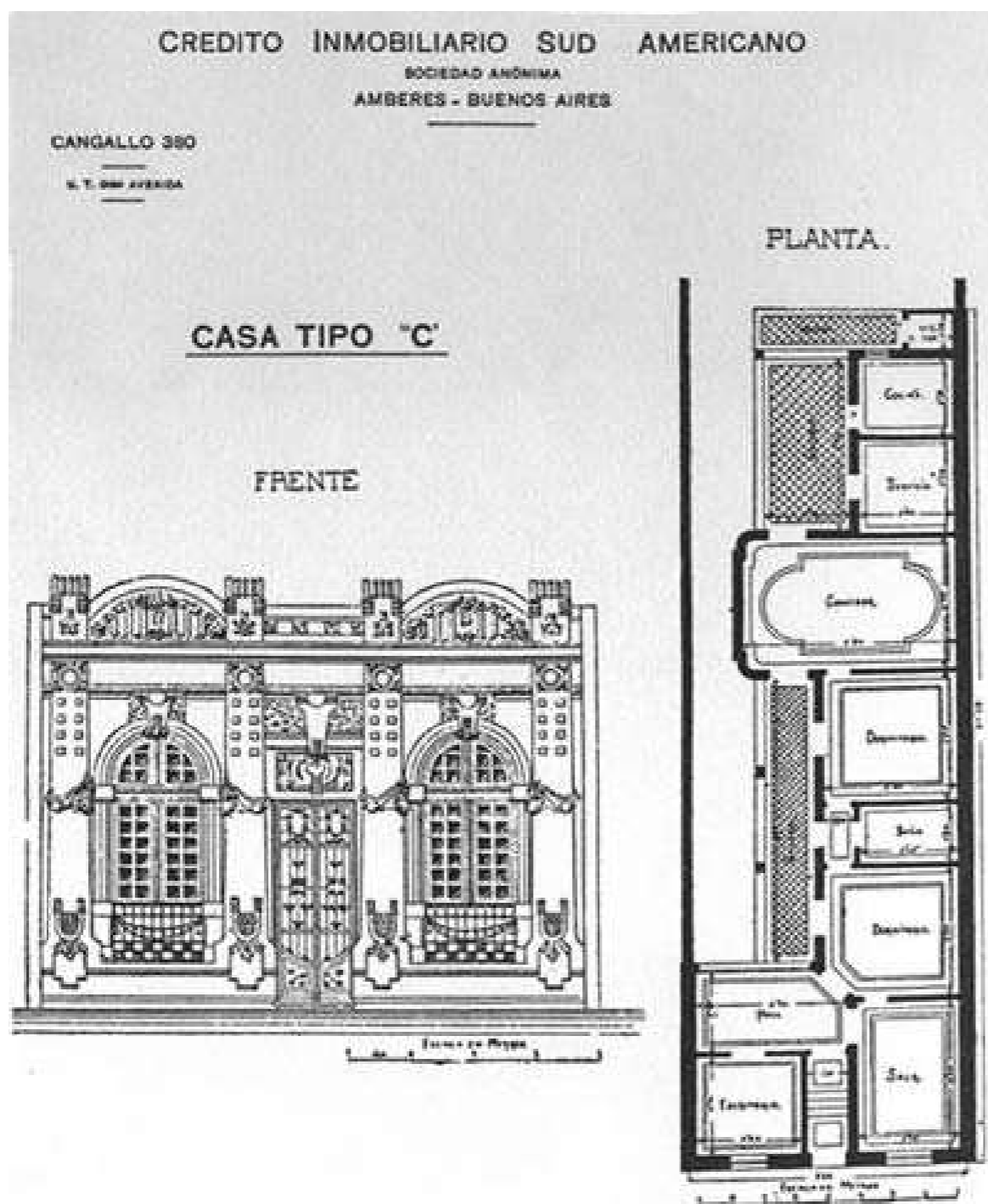
Dentro de estas, se destacan los conventillos situados en el casco histórico, que se originaron de distintas maneras. A los primeros se los llamó “de rezaigo” porque se reutilizaron las antiguas casas chorizo o casonas de patios, que habían pertenecido a las clases más pudientes. Éstas habían emigrado hacia la zona norte de la ciudad a causa de la fiebre amarilla y de la valoración inmobiliaria por la reciente presencia del ferrocarril. Otro tipo de conventillo se generó a partir de una especulación de inversores privados, que veían una posibilidad de explotación del lote. Ya en 1880 los conventillos constituían el 17 % de las viviendas. Y según El Censo Municipal de 1904 indica que hay 11,5 personas por casa en la Capital Federal, casi todas ellas de un sólo piso, ya que en la ciudad se radican unas 40.000 personas anualmente, mientras apenas se construían unas 1.500 casas nuevas por año.



Planta alta y baja. Conventillos de Ituzaingó 777/79 y 823/27. Bencich Hnos. Constructores.

La arquitectura de estos conventillos de rezaigo se caracterizaba por una serie de habitaciones de aproximadamente 4 x 4 x 4 metros para una familia de hasta diez integrantes en cada una de ellas, quienes organizaban su vida doméstica privada como podían en ese ambiente único para dormir, comer y realizar labores. Estas habitaciones tenían escasa ventilación o no tenían ventanas. Sin embargo, para costear los alquileres, el obrero destinaba la mi

tad de su sueldo. Contaban con un patio común, espacio abierto central, en el que se realizaban diversas tareas, como la cocina, lavado de ropa, tendido, y actividades de ocio, reuniones, etc.



En 1903, el Informe de la Comisión Municipal de Higiene afirma que “las habitaciones son de madera con techo de zinc, en malas condiciones de conservación, sin pintura, sin blanqueo y sin ventilación. Los pisos de los patios son ya de ladrillos asentados en barro, ya de empedrado bruto o si no de tierra.

Las paredes divisorias son de duelas de trozos de tablas viejas o de chapas de hierro galvanizado” (Girbal de Blacha, 2000). Este tipo de construcción se debía a que se buscaba el bajo costo de los materiales y de esta manera producir un alquiler de 3 a 4%, lo que representaba una recuperación de la inversión en dos años y medio.

Según estadísticas en 1880 había 1.770 conventillos con 24.023 cuartos y 51.915 habitantes. Con un promedio de 2.2 habitantes por cuarto. Y para 1905 incrementó a 2.297 conventillos con 38.405 cuartos y 129.257 habitantes, es decir, 3,4 habitantes por cuarto. A pesar de estos altos índices de hacinamiento, la mayoría venían de vivir en condiciones aún peores, muchos ni siquiera tenían vivienda. Entonces, la razón por la cual aceptaban vivir de este modo era, tal vez, el impulso por conseguir una mejor vida. La aspiración a conseguir un trabajo, a pertenecer, a tener un lugar de arraigo, fue lo que hizo que la ocupación de los conventillos sea espontánea e impulsiva; su objetivo no era permanecer siempre en estas condiciones, sino progresar.

El conventillo no sólo era el espacio de la miseria, sino también, de la solidaridad y la integración social, de una cultura de mezcla en formación. Jorge Ramos (1999) explica que “en ese mundo de anarquistas y poetas, obreros y rufianes, convivían lenguas como el lunfardo, el cocoliche y el idish, música criolla y del mediodía europeo, [...] todo en un clima de trabajo y frecuente algarabía” (Ramos, 1999:12). La conformación de los conventillos junto a la regulación interna del pueblo criollo dio lugar a una nueva forma de habitar como comunidad constituyendo una parte física de la ciudad, la arquitectura iba quedando condicionada en sus tipologías a la vez que redefinía el paisaje urbano, lo que hoy identificamos como el espacio de los recuerdos y la tradición.

En este clima de intercambio, fueron los inmigrantes quienes realizaron un aporte fundamental con respecto a las ideas revolucionarias de protesta y de reivindicación de sus propios derechos. Su participación fue la que impulsó la organización de los inquilinos contra los propietarios frente a los reiterados e inconsultos aumentos en los alquileres.

Fue en 1907 que, frente a la valorización de la propiedad urbana y el aumento en los costos de la construcción, la Municipalidad decretó un aumento en los impuestos, por lo que los propietarios de las casa de inquilinato subieron los alquileres de \$20 a \$25 por habitación. Los inquilinos se rehusaron a pagar y buscaron adhesiones de la mayor cantidad posible de conventillos, pocos

rios y Arrendatarios, se buscó la conciliación y reconocieron que los sueldos del sector trabajador eran insuficientes para afrontar los gastos de vivienda y para sufragar las necesidades elementales. La propuesta se basó entonces en un reclamo a las autoridades para que se suprimieran los impuestos a las casas de inquilinato. Las autoridades, sin contemplaciones, resolvieron desalojar a todo aquel que se negara a pagar el alquiler.

A mediados de diciembre de 1907 el movimiento se dio por finalizado, cuando muchos vecinos no quisieron verse envueltos en el violento accionar anarquista.

Según las estadísticas del Departamento Nacional de Trabajo, llegaron a participar unas 120.000 personas en Buenos Aires, es decir, un 10% de la población; y un 80% de los conventillos de la ciudad. Con respecto a la acción de las autoridades, tanto nacionales como municipales, es interesante destacar su actitud contradictoria. Por un lado, reconocen la legitimidad de los reclamos, pero por otro, aplican la ley con rigor para mantener el orden y defender los derechos de los propietarios y arrendatarios de las casas de inquilinato.

Reflexiones finales

De este modo es posible distinguir una serie de similitudes, tanto en la ciudad industrial de Inglaterra como en los conventillos de Argentina, que permiten realizar una comparación y ponerlos bajo un mismo enfoque. Para así, entender cómo, desde una misma necesidad, resultaron abordajes y respuestas diferentes.

En ambos, encontramos fuertes ideales de progreso que buscaban estructurar una sociedad en pleno cambio, atravesada por una lucha de clases que ponía de manifiesto una puja de los sectores. Este proceso se dio a partir de la identificación y del reconocimiento de los recursos y potencialidades del contexto. Frente a la presencia de espacios vacantes y la necesidad de albergar a la clase trabajadora, las decisiones e intervenciones fueron tomando su cauce. La diferencia radicaría en que en la ciudad industrial hubo una respuesta expresa y directa de los propios actores patronales y en los conventillos un resultado mediado por la especulación. Retomando los conceptos de arquitectura de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, distinguimos distintas posibilidades de abordar la vivienda popular. En ambos casos se presentan intereses individuales que son llevados a cabo de distintas formas, que de alguna manera contemplan al pueblo.

Josep Montaner y Zaida Muxi (2001) plantean que la arquitectura históricamente siempre ha cumplido un importante papel como instrumento de poder. Sostienen que esta conciencia colectiva debe servir entonces para replantearse hoy los significados y las relaciones que proponemos, sin por eso desistir de pensar espacios donde puedan darse los conflictos y sean posibles otras relaciones.

Creemos que las gestiones que se ponen en juego, por sí solas dejan afuera factores fundamentales. Aunque sabemos que la participación de ambos impulsores de la arquitectura no es siempre tan lineal, que existen conflictos y diferentes intereses, la convivencia de ambos sería una respuesta más productiva y llena de posibilidades, abierta al intercambio. Es por eso que no existe una medida justa entre la participación y el hacer de los actores, sino que una no debiera sobrepasar a la otra, pudiendo convivir tanto la voluntad colectiva de lo social como la del poder político que incorporen y logren hacer frente a la complejidad de la realidad.

Bibliografía citada

- Argan, Giulio Carlo. Historia del Arte como Historia de la Ciudad. Barcelona, España, Editorial Laia, 1984.
- Benévolo, Leonardo. El diseño de la ciudad V. El arte y la ciudad contemporánea. Barcelona, España, ed. Gustavo Gilli, 1977.
- Casas, Aldo. Crisis y Lucha política en Gramsci. Revista Herramienta: debate y crítica marxista. Ej. n° 25, 1998.
- Gramsci, Antonio. Necesidad de una preparación ideológica de la masa. Archivo de Obras de Antonio Gramsci, (1891-1937). Marxist Internet Arch., 1925.
- Chueca Goitía, Fernando. Breve historia del urbanismo. Madrid, España, Alianza editorial, 1980.
- Di Peco, Martín. Art. Arquitectura del poder, arquitectura del hacer. Buenos Aires, Revista Summa + 122, 2012.
- Dickens, Charles. Tiempos Difíciles. Madrid, Alianza editorial, 2013.
- Diez, Fernando. Buenos Aires y algunas constantes en las transformaciones urbanas. Buenos Aires, Fundación Editorial de Belgrano, 1997.
- Girbal De Blacha, Noemí. "La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires". Historias de la Ciudad. Una Revista de Buenos Aires N° 5, 2000.
- Muxi, Zaida; Montaner Josep María. Arquitectura y Poder. Ensayos para mundos alternativos. Barcelona, España, Ed. Gustavo Gilli, 2011.
- Ramos, Jorge. Seminario de crítica Arquitecturas del habitar popular en Buenos Aires: El Conventillo. IAA, FADU UBA, Buenos Aires, 1999.
- Wanza, José. Testimonio de inmigrante polaco, Diario El Obrero n° 36 del 26/9/1891. Tomado de PANETTIERI, José. Los Trabajadores. Serie complementaria: Sociedad y Cultura/18. Argentina, Biblioteca argentina fundamental, Centro Editor América Latina, 1982